PLANES PARA CONQUISTAR BERLÍN

Espías Stasi punk rock y disidencia cultural antes de la caída del Muro

David Granda

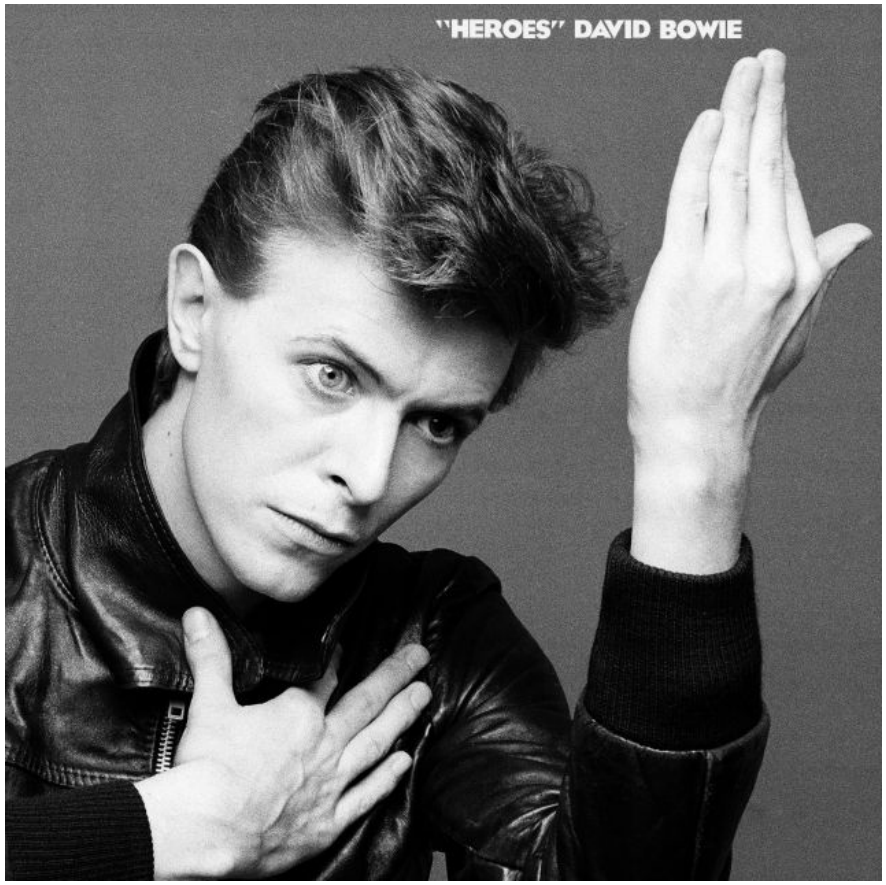
Libros del K.O.

En un templo protestante infectado con espías de la Stasi, un grupo de disidentes armado con la pirotecnia de la indiferencia y una banda llegada del otro lado del telón de acero habían celebrado una fiesta que se convertiría en un modelo de resistencia antes de la caída del Muro. Una fiesta que acabaría violentamente con un asalto neofascista en el Estado antifascista y desembocaría en un proceso penal cubierto por la prensa extranjera. Una fiesta que inaugura una peculiar rama del estudio de la Historia del siglo XX: la historia del ocaso del comunismo contada a partir de sus conciertos punk rock.

Me enteré del caso en una húmeda sala de lectura del archivo de la Stasi, con el verano de Berlín palpitando más allá de los ventanales, mientras buscaba información sobre los años de David Bowie en la ciudad. El deslumbramiento al leer el relato de los servicios secretos originó la necesidad forense de saber qué había sucedido en realidad esa noche de 1987 en Berlín Este. Daba igual que el contenido de los expedientes fuera críptico y tedioso. Incluso espoleaba mi curiosidad por desentrañar el verdadero rol de los músicos, los punks, los neonazis, el futuro escritor superventas, el sacerdote, la Iglesia luterana, la disidencia, los medios, la policía criminal y la Stasi en una obra coral única.

Una fiesta que inaugura una peculiar rama del estudio de la Historia del siglo XX: la historia del ocaso del comunismo contada a partir de sus conciertos punk rock

Frau Raphaela Schröder, jefa del Departamento de Investigación del BStU, camina por la moqueta gris del archivo de la Stasi en Berlín con la seguridad y las piernas arqueadas de un sheriff en un wéstern crepuscular, pero con crocs, los populares zuecos de goma. En total, encontró para mi investigación cerca de cinco mil páginas mecanografiadas por agentes de la Stasi, divididas en ochenta y siete carpetas. El material incluía fotocopias realizadas por los agentes de páginas publicadas en la prensa occidental (informes de seguimiento en medios). Necesité tres sesiones en la sala de lectura del archivo para hacer una criba inicial de información. Más que gavillas con fragmentos de la vida de los otros, perseguía información de la vida de los suyos: los agentes oficiales y los confidentes que habían trabajado para la Stasi. El propósito no era desenmascarar a torres y peones, sino comprender cómo funcionaba el ajedrez.



El archivo de la Stasi es una fuente más de la investigación, sería ingenuo pensar que esconde la verdad absoluta en sus anaqueles. No solo por el hecho de que su personal, que fue alentado a escribir «verdades objetivas», debía guiarse conforme a la doctrina de seguridad del Partido y los principios ideológicos del Estado comunista —un ejemplo de verdad objetiva: «el punk es una subcultura decadente»—, también por el factor humano.

Igual que Kafka le escribía sus cartas a Milena, cuando un oficial escribía un informe, lo hacía para su oficial superior, pero sobre todo *pensando* en su oficial superior, que debía comprobar la idoneidad de las acciones de su subordinado. En otras palabras, cuando redactaba el expediente quería anticiparse a las expectativas de su jefe. Eran misivas con un subtexto cargado de amor kafkiano. Resultaba habitual que el supervisor se encontrara con lo que quería leer y no con los resultados reales de la investigación. Esto no significa, como explica el historiador Ilko-Sascha Kowalczuk, que haya trampas o mentiras en los archivos, salvo casos excepcionales, que el MfS solía identificar y sancionar con dureza.

La apertura de las entrañas de los servicios de seguridad es un homenaje a la «Revolución Pacífica». El último rector del archivo de la Stasi, Roland Jahn, antiguo disidente de la RDA que, como veremos, desempeñó un papel esencial en lo que ocurrió en Zionskirche, lo denomina «Monumento al Estado de Vigilancia». Jahn estuvo el día del asalto a la central de la Stasi en Lichtenberg el 15 de enero de 1990 y leyó en su expediente de qué manera, tras ser expulsado de la RDA en 1983, le siguieron espiando cuando vivía en Berlín Occidental. Encontró el croquis de su piso en Kreuzberg, transcripciones de llamadas telefónicas e incluso la ruta al colegio de su hija de ocho años.

El libre acceso al archivo es una forma eficaz de deslegitimar a un país: no esperen encontrar nada bueno en el archivo del servicio de inteligencia de ningún Estado. Ni en la comunista RDA, ni en la capitalista Suiza

Como en todo homenaje, hay algo de cálculo político. Se ha desnudado a la RDA por razones ideológicas, para demostrar que el socialismo es

un experimento fallido. El libre acceso al archivo es una forma eficaz de deslegitimar a un país: no esperen encontrar nada bueno en el archivo del servicio de inteligencia de ningún Estado. Ni en la comunista RDA, ni en la capitalista Suiza, tan respetuosa con la intimidad del secreto bancario, modelo de libertad, el lugar elegido por el último elefante blanco, Jorge Luis Borges, para morir.

A COMIENZOS DE LOS AÑOS OCHENTA LA PRESENCIA FEMENINA ERA EXÓTICA, apenas despuntaban tres artistas: Mita Schamal y Jana Schlosser, que habían formado la banda Namenlos, y la pintora Cornelia Schleime, que comenzó a cantar en el grupo Zwitschermaschine cuando le prohibieron exhibir sus lienzos. «El punk era una forma directa de comunicación, no escribía esas letras para mí, sino para gritárselas a una audiencia —dice Schleime, que vive en un ático en Prenzlauer Berg—. Antes había estado inmersa en una burbuja artificial, quería pintar como Paula Modersohn-Becker o algo parecido, leía mucho, me entretenía con el pasado porque no había presente en la RDA, era todo demasiado patético. Tampoco había futuro. El punk era la única forma de vivir en el presente». Como veremos, Cornelia fue deportada de la RDA en 1984.

A Mita Schamal y Jana Schlosser las detuvieron un año antes. Los agentes llegaron por sorpresa una mañana bochornosa de verano, el 11 de agosto, dos días antes de la celebración del vigésimo segundo aniversario de la construcción del Muro de Protección Antifascista. En la previa de los grandes desfiles la policía solía hacer redadas y controles para evitar sorpresas. Decía Churchill que la democracia es que llamen por la mañana temprano a tu puerta y sepas que es el lechero. La sorpresa fue que los policías llamaran antes de entrar, un gesto educado que molestó y extrañó en la vivienda

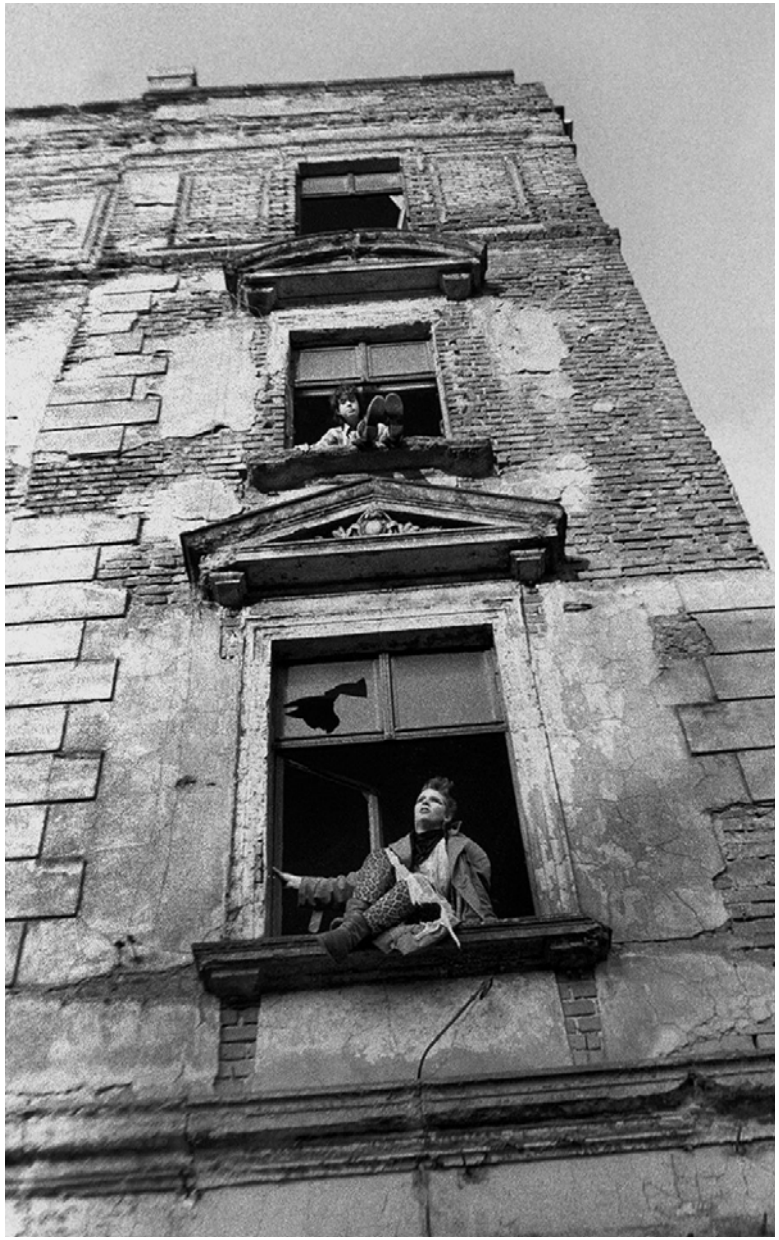
porque era una casa okupada en Stargarder Strasse, Prenzlauer Berg, y nadie llamaba al timbre, no había electricidad ni cerradura, la puerta estaba siempre abierta, el lechero no tenía su dirección, no bebían leche.

«¡Está abierto!», gritó Jana.

Mita no había dormido en toda la noche. Todavía tenía pintura en la cara de la fiesta que se había alargado hasta las tantas, unos dibujos geométricos de colores sobre las ojeras. Jana se acercó a la puerta con la tez pálida de la primera hora del día, cinco imperdibles en cada oreja y la cresta de mohicano teñida con tinta de rotulador despeinada —«color púrpura Margot Honecker —dice Jana—; la primera dama era muy punk»—. Vestía una camiseta suelta con los pechos meciéndose libres sin sujetador pujando por aparecer por los costados, cosa que lograban. Eso fue lo primero que vieron los agentes, dos hombres y una mujer. Jana vio dos pares de gafas oscuras y una falda larga recién planchada.

«Kriminalpolizei».

No recuerda si fue tan inocente como para invitarles a pasar o fueron los policías quienes allanaron la morada okupa, pero poco después estaban dentro, vigilando cómo se vestían, cómo se lavaban —delante de la agente—. No se atrevieron a desprenderse de casetes, papeles con letras garabateadas, fotos o cualquier otra evidencia incriminatoria, pero cuando



“Mis amigos todavía seguían en prisión y yo no sabía cómo afrontar mi libertad. La escena punk estaba acabada. Desarrollé una fuerte paranoia. Empecé a beber sin sentido, a tomar pastillas, me quería morir”

permitieron a Mita que llevara a Wotan, su pastor alemán, con un conocido, ella le dijo que pasarían el día en Keibelstrasse, la calle donde estaba su comisaría de cabecera cerca de Alexanderplatz, y su amigo supo leer entre líneas.

Se las llevaron en dos coches diferentes. Los interrogatorios en comisaría duraron veinticuatro horas. Las dos se negaron a declarar, a las dos las encerraron. Mita, baterista de Namenlos, pasó siete semanas incomunicada en prisión. En el documental *¡Ostpunk! Demasiado futuro* cuenta que el día que la soltaron estaba aterrada. «Mis amigos todavía seguían en prisión y yo no sabía cómo afrontar mi libertad. La escena punk estaba acabada. Desarrollé una fuerte paranoia. Empecé a beber sin sentido, a tomar pastillas, me quería morir. Caminaba aturdida por la calle, borracha, sola y entre lágrimas. La gente me quería ayudar. Recuerdo a una mujer que se me acercó (yo estaba llorando) y me preguntó si podía hacer algo por mí… Lo peor de todo era saber que no me podía ayudar de

“El nazismo era un tema tabú, como el Ejército, el medioambiente, Chernóbil o la libertad para viajar –dice Schramm–. Una banda podía cantar contra los nazis, pero solo si quedaba claro que se trataba de nazis occidentales”

ninguna manera». Ante la cámara, recordándolo más de dos décadas después, se derrumba entre lágrimas. En el momento de la detención, acusada por la interpretación de canciones hostiles contra el Estado, Mita Schamal tenía diecisiete años. La dejaron en libertad porque era menor de edad. De aspecto andrógino y con una estética más bohemia que punk, podía ser confundida con un chico rebelde en una de las aventuras de Huckleberry Finn. Si podía perjudicar o hacerle daño a alguien, la mayoría de las veces ese alguien era ella misma.

Sus padres, acompañados de Cornelia, fueron a recogerla a la puerta de la prisión. Nunca se había sentido tan sola. «Creo que la convicción de que me habían dejado salir pero no era libre fue lo más difícil de asumir fuera de la cárcel». Se intentó suicidar tomando el mercurio de un termómetro.

(...)

La coherencia de Jana era desarmante. A su comportamiento antisocial —domicilio en una casa okupa, crestas de mohicano, música prohibida— le sumó un discurso subversivo con unas letras que difamaban al sistema. Le estaba cosiendo la doble runa en el cuello del uniforme a los agentes del MfS.

Con todo, era música sin plataforma. No se podía escuchar fuera del circuito cerrado del underground. Su audiencia era marginal. No tenían el *Einstufung*, no podían actuar en un espacio público, menos aún grabar y publicar un disco. El nombre de la banda, Namenlos, significa en alemán *sin nombre*. El diácono de la Christuskirche de Halle, un soberbio edificio expresionista en la ciudad natal de Jana, había organizado en abril el mayor festival punk en la RDA hasta la fecha y durante los preparativos le preguntó a la cantante cómo querían aparecer en el póster. «Sin nombre», le contestó ella sin darle más detalles, con el fin de evitarse problemas con la policía. Y así se quedaron. Luego la Stasi se apropiaría del término y bautizaría su intervención policial como «Operación Sin Nombre».

El presentador de radio Lutz Schramm —que en el primer programa de *Parocktikum* tras el asalto neonazi a Zionskirche en 1987 pinchó la canción «Nazi Punks Fuck Off» de Dead Kennedys como

un guiño cómplice con las víctimas— no se atrevió a pinchar su verdadera banda sonora, una canción premonitoria de Namenlos como «Nazis wieder in Ostberlin»: nazis otra vez en Berlín Oriental. Temía las consecuencias. Se jugaba su puesto en la emisora DT64. «El nazismo era un tema tabú, como el Ejército, el medioambiente, Chernóbil o la libertad para viajar —dice Schramm—. Una banda podía cantar contra los nazis, pero solo si quedaba claro que se trataba de nazis occidentales».

En las estaciones subterráneas del U-Bahn o caminando a cielo abierto en Alexanderplatz, a Mita y Jana les resultaba familiar escuchar un exabrupto hiriente: «Hitler se olvidó de gasearos». El desahogo, más allá de su crueldad pasajera, retrataba el nazismo en lo cotidiano de la Alemania comunista. Un posnazismo arraigado en la nostalgia en el que Hitler no era un tirano, ni siquiera un tabú, sino un héroe mítico, una deidad carismática que repartía confort: la juventud contracultural era juzgada en la vía pública como un problema y el Führer encarnaba la solución, aunque fuera una solución final, un holocausto punk.

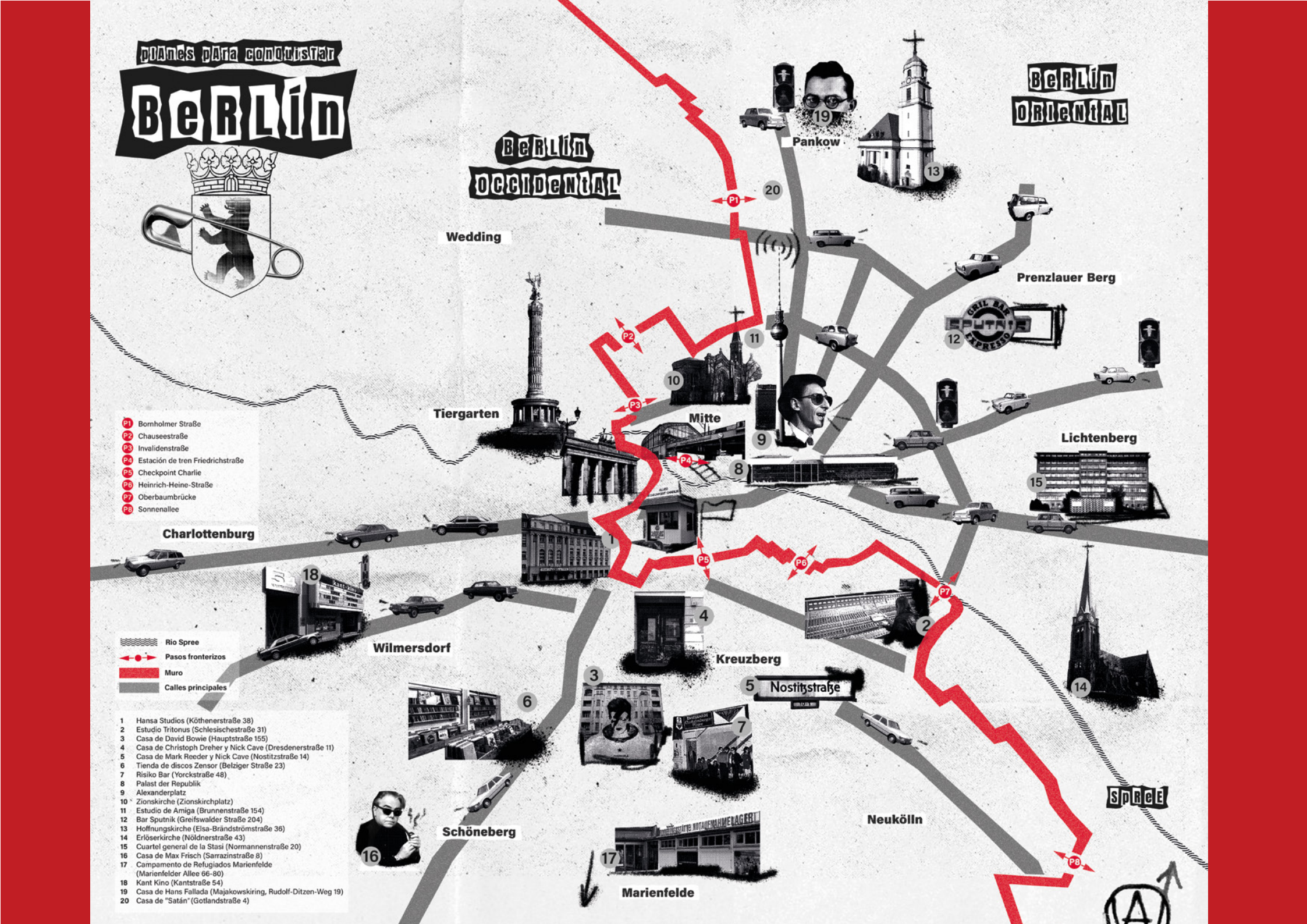
Lo paradójico era que mientras en las curvas de los estadios de fútbol, con aforos olímpicos, se gritaban consignas nazis frente a la policía y los altos mandos de la Stasi, estas mismas fuerzas policiales metían en la cárcel a unas intérpretes por gritar consignas antinazis en sótanos de iglesia donde no miraba nadie.

A Jana le fue peor que a Mita. Tras el interrogatorio del 11 de agosto, pasó nueve meses en prisión preventiva a la espera de juicio, tres meses más de lo que fijaba la ley. A diferencia de Mita, era una ciudadana adulta: tenía diecinueve años. «Todavía me duele cómo el Estado se deshizo de mí en el momento más esplendoroso de mi vida», dijo en una entrevista al periódico *Die Zeit*.

Al mismo tiempo que Nick Cave formaba The Bad Seeds con Blixa Bargeld en la barra de un bar de Schöneberg, Erich Mielke, en su barra de la central de la Stasi en Lichtenberg al otro lado del Muro, decidió que Namenlos sería la banda que encarnaría la estrategia de represión del Estado contra la primera generación punk de la RDA. No se dictó una nueva ley, sino que se procedió siguiendo una instrucción directa del propio Mielke que se inmortalizaría como *Härte gegen Punk* (Vehemencia contra el punk). «Fue una orden de Erich Mielke —dice Jana—, se puede leer en mi expediente: dispuso "actuar con vehemencia contra el punk para evitar una mayor escalada del movimiento"». Namenlos, que solo habían dado tres conciertos desde su formación, serían la pieza de caza mayor de Mielke, la cabeza de antílope en el dormitorio de Hemingway.

¿Por qué este ensañamiento del jefe de la Seguridad del Estado con una subcultura marginal? Al canalizar su desencanto en los conciertos, la estética y la desobediencia civil, un grupo de jóvenes estaba deslegitimando la autoridad del Partido. Peor aún, la estaba ignorando. Era la sublevación de la indiferencia.

¿Por qué este ensañamiento del jefe de la Seguridad del Estado con una subcultura marginal? Al canalizar su desencanto en los conciertos, la estética y la desobediencia civil, un grupo de jóvenes estaba deslegitimando la autoridad del Partido. Peor aún, la estaba ignorando. Era la sublevación de la indiferencia


PLANES PARA CONQUISTAR
BERLÍN
BERLÍN OCCIDENTAL
BERLÍN ORIENTAL
Pankow
Wedding
Prenzlauer Berg
Tiergarten
Mitte
Lichtenberg
Charlottenburg
Wilmersdorf
Kreuzberg
Nostitzstraße
Schöneberg
Neukölln
Marienfelde
SPREE
GRIL BAR SPUTNIK EXPRESSO
P1 Bornholmer Straße
P2 Chauseestraße
P3 Invalidenstraße
P4 Estación de tren Friedrichstraße
P5 Checkpoint Charlie
P6 Heinrich-Heine-Straße
P7 Oberbaumbrücke
P8 Sonnenallee
Rio Spree
Pasos fronterizos
Muro
Calles principales
1 Hansa Studios (Köthenerstraße 38)
2 Estudio Tritonus (Schlesischestraße 31)
3 Casa de David Bowie (Hauptstraße 155)
4 Casa de Christoph Dreher y Nick Cave (Dresdenerstraße 11)
5 Casa de Mark Reeder y Nick Cave (Nostitzstraße 14)
6 Tienda de discos Zensor (Belziger Straße 23)
7 Risiko Bar (Yorckstraße 48)
8 Palast der Republik
9 Alexanderplatz
10 Zionskirche (Zionskirchplatz)
11 Estudio de Amiga (Brunnenstraße 154)
12 Bar Sputnik (Greifswalder Straße 204)
13 Hoffnungskirche (Elsa-Brändströmstraße 36)
14 Erlöserkirche (Nöldnerstraße 43)
15 Cuartel general de la Stasi (Normannenstraße 20)
16 Casa de Max Frisch (Sarrazinstraße 8)
17 Campamento de Refugiados Marienfelde (Marienfelder Allee 66-80)
18 Kant Kino (Kantstraße 54)
19 Casa de Hans Fallada (Majakowskiring, Rudolf-Ditzen-Weg 19)
20 Casa de "Satán" (Gotlandstraße 4)

A LA VENTA EL 14 DE MARZO

Datos técnicos:
Precio: 23,90 €
ISBN: 978-84-17678-96-8
504 páginas
Cubierta y mapa desplegable:
Patricia Bolinches

El 17 de octubre de 1987, en plena guerra fría, la iglesia protestante de Zionskirche en Berlín Oriental acogió un concierto clandestino con las bandas Die Firma y Element of Crime. El recital, organizado por opositores al régimen comunista, finalizó con el ataque de un grupo de neonazis ante la mirada indiferente de la policía.

David Granda se sumerge en una exhaustiva investigación en los archivos de la Stasi y reúne el relato de más de cuarenta protagonistas de la trama, incluidos disidentes políticos, músicos, confidentes y oficiales de espionaje.

El resultado es una obra coral obsesiva y absorbente que puede leerse como: a) un sofisticado ensayo sobre la represión de la disidencia cultural en Estados totalitarios, b) un libro de historia del ocaso del comunismo contado a partir de sus conciertos, c) una novela de espías con banda sonora de terremoto punk, d) un bestiario mitómano de dandis politoxicómanos como David Bowie, Nick Cave o el mánager berlinés de Joy Division, e) una elegía de la escena alternativa surgida a ambos lados del Muro, que desapareció tras el derribo de la frontera, f) un delicadísimo mapa sentimental de la ciudad más carismática de Europa, que incluye un viaje final al mar del Norte al encuentro de la víctima real del caso Guillaume, el espía que desató la caída del canciller Willy Brandt.

Eugénie Sophie

David Granda (Madrid, 1978) estudió Periodismo en las universidades Carlos III y Complutense de Madrid, e Historia en las universidades Autónoma de Madrid y Karlova de Praga. Publica sus trabajos en *El País* y *Condé Nast Traveler*, entre otros medios. Comenzó su trayectoria profesional en la agencia EFE y en prensa regional, en las cabeceras *La Nueva España* y *La Opinión A Coruña*. Vivió en Madrid y Praga, y ahora lo hace en Viena. Nada a diario en el Danubio, a veces sin mojarse. Es el padre de Egon.